

## Capítulo V

## Por él, tan sólo por él

**S**ALAZAR no tuvo inconveniente alguno en satisfacer los vengativos instintos de Togores, y como ningún interés le inspiraba D.<sup>a</sup> Ana, y como la muerte de Alonso de Pacheco le garantizaba contra toda ulterior reclamación, dictó la orden de prisión contra ella y autorizó á D. Pedro para que en su casa la custodiase.

D.<sup>a</sup> Ana se encontró sorprendida por los soldados en los mismos momentos en que se preparaba á recogerse á descansar, hasta donde fuese posible, de las emociones y disgustos de aquel día tan fatigoso.

La prisión se hizo con verdadero lujo de escándalo y brutalidad.

Se le sujetaron los brazos á la espalda con una cuerda ordinaria, y cuando atravesó las habitaciones que le separaban de la calle, vió que la soldadesca entraba á saco los muebles, destrozándolos para apoderarse de los más preciosos objetos.

Pero como hubiera sido inútil resistirse, ni protestar,

se sometió resignada á aquel atropello, y aun supo tomar una actitud majestuosa que realzando su mágica belleza, impuso á aquella vil soldadesca.

No tardó mucho en ser conducida á la casa de Togores.

La misma D.<sup>a</sup> Leonor salió á abrirle la puerta, y por más tranquila que procuró mostrarse al ver caer sobre ella la mirada enérgica y penetrante de la victima, no pudo por menos de sentir que su rostro se encendía de vergüenza.

Según lo disponía la orden de prisión, la fuerza que la había ejecutado se fraccionó, quedando una parte de ella á la puerta de la casa y retirándose la otra.

Quando las dos rivales se encontraron solas en el salón de la casa, D.<sup>a</sup> Ana dijo á D.<sup>a</sup> Leonor.

—Tened la bondad de suplicar á vuestro padre que permita me sean desatadas las ligaduras que oprimen mis brazos, puesto que puede estar seguro de que no trataré de fugarme.

—Perdonadme, D.<sup>a</sup> Ana que no lo haya hecho yo desde luego, pues no es necesario para ello la autorización de mi padre.

En esta casa no sois nuestra prisionera, sois nuestra amiga en desgracia, y, por tal motivo, doblemente estimable para nosotros.

Al decir estas palabras D.<sup>a</sup> Leonor en persona desató las ligaduras.

D.<sup>a</sup> Ana no se preocupó ni lo más mínimo de darle las gracias, y viéndose sin sujeción, repuso:

—Ahora, tened la bondad de indicarme cuál es la habitación destinada á servirme de calabozo y permitirme encerrarme en ella, pues necesito estar sola.



—¡Os incomoda mi presencia!—observó D.<sup>a</sup> Leonor.

D.<sup>a</sup> Ana nada respondió, lo cual en aquel caso fué una manifestación de asentimiento.

—Me juzgáis mal,—repuso la joven;—pero no es el momento oportuno, á la verdad, para entreteneros con explicaciones. Mas como en esta casa no existe calabozo alguno, pues en ella os damos asilo y no encarcelamiento, permaneced, si gustáis, en esta sala; yo con vuestra venia, me retiro.

D.<sup>a</sup> Leonor hizo una profunda reverencia y salió de la sala cerrando la puerta tras de sí.

Un cuarto de hora después y cuando D.<sup>a</sup> Ana permanecía aún sin haberse podido dar cuenta de lo que pasándole estaba, la puerta se abrió y apareció en su dintel D. Pedro de Togores.

D.<sup>a</sup> Ana palideció visiblemente, pero repuesta en el acto de su emoción, afectó la más extraordinaria tranquilidad y sangre fría.

Observándolo así, D. Pedro perdió las suyas y desconcertado dijo:

—Perdonadme que me haya atrevido á molestaros con mi presencia.

—Vuestra casa es, señor de Togores, y dueño de ella sois:—contestó la dama con indiferencia.

—Pero siendo yo como en efecto lo soy, vuestro servidor más rendido, mi casa, señora, es más vuestra que mía.

—Os lo agradezco y no obstante...

—No obstante, quisierais no encontraros en ella;—dijo D. Pedro notando que D.<sup>a</sup> Ana habíase detenido y no osaba concluir la frase.

—Es la verdad;—contestó resueltamente la dama.

—¡Cuán injusta sois conmigo, D.<sup>a</sup> Ana! siempre me habéis puesto al borde del precipicio y siempre me habéis visto detenerme en él y retroceder para no volveros el mal que me hacéis!

—Pero al fin os arrepentisteis y dado habéis en el error de que en vuestra casa, donde he sido conducida á la fuerza, seriais por mi mejor recibido que en la mía.

—Os equivocáis, D.<sup>a</sup> Ana; y sin embargo tendría derecho á esperar lo así.

—Vos me lo explicaréis.

—No niego que en mi pasada entrevista con vos os amenacé de un modo inconveniente; pero tampoco vos podéis negar que os amo demasiado para poder cumplir mis amenazas.

—Eso no obstante, he sido reducida á prisión.

—Pero en mi casa y no en la cárcel pública, como hubiera querido Salazar.

Para el hecho de verme privada de mi libertad, vuestra casa ó la cárcel pública son enteramente idénticas.

—No es así;—observó D. Pedro, que, mirando con cautela en torno suyo y aproximándose á D.<sup>a</sup> Ana y bajando la voz, añadió:

—De la cárcel no hubiérais podido evadirlos y de mi casa sí.

—¿Evadirme?...

—Sí, D.<sup>a</sup> Ana; eso he venido á deciros. Mirad.

D. Pedro se dirigió á un gran cuadro que representaba la imagen de un santo, y oprimiendo una de las molduras de su grueso marco dorado, el lienzo se recogió como el de un transparente y quedó á la vista una puertecilla.

Dejó después de oprimir la moldura y el lienzo volvió á bajar á su lugar.



—Esa puerta, D.<sup>a</sup> Ana, no la conoce ni mi propia hija: por esa puerta se pasa á una escalerilla de madera que conduce á un patio con salida á una callejuela poco frecuentada. En ese patio yo mismo he dispuesto dos caballos, y merced á ellos unas cuantas horas podrían bastarnos para ponernos fuera del alcance de nuestros enemigos. ¿Aceptáis D.<sup>a</sup> Ana?

D.<sup>a</sup> Ana que habia escuchada con perfecta indiferencia las explicaciones y plan de D. Pedro, contestó con despreciativa sonrisa:

—No acepto.

D. Pedro se irguió como herido por su cólera y preguntó:

—¿Sabéis á lo que os exponéis no aceptando?

—Vos me lo diréis.

Salazar ha dispuesto que á la primera luz de la aurora seáis sacada de esta casa, después de haber sido despojada de vuestras vestiduras, y ungida con grasa y cubierta de plumas, os harán montar sobre un pollino y se os aplicarán públicamente doscientos azotes.

D.<sup>a</sup> Ana, que conforme D. Pedro iba hablando, habiase levantado, con voz enérgicamente acentuada, exclamó:

—¡¡¡Miserable!!!

D. Pedro procuró disimilar que habia oído y preguntó:

—¿Aceptáis la salvación que os propongo?

—¿Quién habrá de acompañarme en mi fuga?

—Yo solicito ese honor.

—¿Puedo renunciar á él?

—¿A quién podríais otorgarlo?

—Al único hombre en quien yo puedo fiar.

—A D. Alvaro de Silva,—dijo D. Pedro sonriendo diabólicamente.

—Vos lo habéis dicho.

—Y bien; eso es imposible.

—Entonces,—contestó con entereza D.<sup>a</sup> Ana;— no puedo aceptar la salvación que me proponéis, y me resigno con mi suerte; pero sabed, D. Pedro que dejando de ser generosa para con vos, pido á Dios y á todos los santos que en desagravio de la injusticia que conmigo vais á cometer, el mal que sobre mi cabeza llamáis, caiga entero sobre vuestra cabeza y la de los vuestros!

Con tal solemnidad, con tan conmovido acento pronunció D.<sup>a</sup> Ana esta terrible imprecación, que D. Pedro doblegó confundido su cerviz, como si en efecto hubiera sentido pasar sobre ella la justicia de Dios.

Pero repóniéndose bien pronto observó:

—Suspended, D.<sup>a</sup> Ana, los efectos de la maldición que sobre mí y los míos arrojáis.

No depende de mí el que D. Alvaro os acompañe en vuestra fuga.

D.<sup>a</sup> Ana dejó escapar un grito de horror, y haciendo por D. Alvaro lo que jamás por sí misma hubiera hecho, se lanzó bañada en lágrimas á las plantas de D. Pedro, diciendo entre sollozos:

—¡Acepto! sí, acepto, ¡pero salvad á D. Alvaro!

Lo mismo fué oír esta súplica que retroceder D. Pedro en el paroxismo de la indignación, lanzando lejos de sí á la dama á quien tomó por uno de los brazos que suplicante le tendía:

—¡Oh! ¡maldito yo que tal oigo!—exclamó:—aun la deshonra aceptáis de mí; por tal de salvar la vida de ese hombre aborrecido!

—¡Ah! D. Pedro de Togores, odiadme, dadme la muerte si ésta puede satisfaceros, pero salvad á D. Alvaro!



—¡Oh! ¡no lo repitáis!—prorumpió D. Pedro dirigiéndose hacia D.<sup>a</sup> Ana, que se mantenía suplicante de rodillas.

—¡D. Pedro! D. Pedro de Togores, matadme pero no desoigáis mi ruego: la noche avanza, la mañana puede sobrevenir y ese bárbaro crimen será cometido.

—¡Si, lo será!—repitió D. Pedro.

Si será aun cuando supiese que vos me amabais con todo vuestro corazón.

Habéis logrado, D.<sup>a</sup> Ana, llevar al colmo mi odio contra él.

Por él os creí capaz de todo.

De todo, sí, menos de dejaros deshonrar por él.

Porque no se me ha ocultado que adivinasteis mis fines al proponeros esa fuga.

Porque no quiero ocultaros que en efecto yo buscaba por ese medio deshonraros y escarneceros.

Porque así lo convine con Salazar.

Porque...

D. Pedro no pudo proseguir: las palabras acudieron en borbotones á sus labios, pero en forma de inarticulados sonidos.

Su lengua se entorpeció: sus ojos, desmesuradamente abiertos, agitáronse en sus órbitas como si ante sí contemplasen y en él se perdiesen, un espacio sin límites, un inconmensurable vacío, y arrojando espuma por la boca, D. Pedro extendió los brazos y se desplomó sobre sí mismo, lanzando un grito agudo y penetrante cuyo eco atrajo á D.<sup>a</sup> Leonor y á toda la servidumbre de la casa.

—¿Qué le habéis hecho, señora?—preguntó D.<sup>a</sup> Leonor con manifiesto rencor y no contenida ira.

D.<sup>a</sup> Ana no pudo responder.

La escena que ante ella había ocurrido tenía viva-mente impresionada.

—¿No respondéis?—preguntó frenética la joven;—tanto peor para vos; habéis abusado de vuestra funesta influencia sobre mi padre; conozco el suplicio que se os prepara; yo misma, mujer odiosa, os entregaré á vuestros verdugos.

Y sin que D.<sup>a</sup> Ana supiese qué responderle, D.<sup>a</sup> Leonor ordenó á sus criados que transportasen á su lecho el cuerpo de su padre, y salió á la sala sin volver á mirar á la víctima infeliz.

Quando hubo salido se escuchó el ruido que D.<sup>a</sup> Leonor produjo al correr por la parte de afuera los cerrojos de la puerta.



## Capítulo VI

¡Vos lo quisisteis!...

**H**ERNÁN López, que como asiduo vigilante procuraba estar al tanto de los progresos que en su plan fueran haciendo los conjurados reunidos en San Francisco, supo con sorpresa que el golpe por ellos meditado no sólo estaba ya perfectamente madurado y dispuesto, sino que sus consecuencias podían ser mucho más peligrosas de lo que él las había supuesto.

Supo á la vez, que no creyendo los conjurados que en su seno hubiese una personalidad bastante caracterizada, para ponerse al frente de la situación que pudiese resultar, habían invitado á unírseles á Estrada y Albornoz, descontentos con los gobernadores á consecuencia de los procedimientos que en juego pusieron para eliminarlos de toda participación en la marcha de los asuntos políticos.

Mucho le tranquilizó esto, pues entre ellos y Peralmindez existían sobrados motivos para que sus enemistades no fuesen por ninguno de ellos llevadas al extremo, y con

esta perspectiva se dedicó á ganar á los probables candidatos de los conjurados con el fin de hacerlos menos terribles llegado el caso.

Pero para mejor lograrlo, le era indispensable separar del grupo de los conspiradores á D. Alvaro de Silva, que continuaba siendo su más diestro y activo agente.

Conociendo, como conocía al jóven, no le fué difícil lograrlo.

Con pretexto de reducirlo á prisión, según las ordenes de Salazar, se empeñó personalmente en buscarle, y cuando lo hubo hallado le enteró de cuanto pasaba y le conjuró á salvar á D.<sup>a</sup> Ana de Pacheco del bárbaro suplicio á que iba á ser sometida.

Excusado nos parece decir que el generoso joven no fué sordo al llamamiento de Hernán López.

—¿Qué podré hacer para salvarla?—preguntó.

—Hé ahí lo que yo no puedo deciros, porque no lo sé,—contestó Hernán López.

—¿No podríais al menos suspender los efectos de esa orden, mientras yo y mis amigos derribamos al tiránico Salazar?

—¡Imposible! Salazar no escucharía, ni mucho menos atendería las razones que yo pudiera darle.

Pero entonces ¿qué puedo yo hacer? A mi menos que á nadie permitiría ese imbécil de D. Pedro de Togores penetrar en su casa.

—Un medio se me ocurre.

—Decidle.

—Tiene sus peligros.

—¿Me hacéis la ofensa, Hernán López de suponer que nunca, pero menos en el caso actual, los peligros, cualesquiera que fuesen ellos, pueden intimidarme?



—En verdad que no, y que no ha sido esa mi intención.

—Entonces...

—Puedo proporcionaros un uniforme de uno de los doscientos guardias de Salazar, una compañía de los cuales es la que en estos momentos custodia la improvisada cárcel de D.<sup>a</sup> Ana.

—Acepto.

—Merced á ese disfraz podréis formar parte de dichos guardas de la casa de D. Pedro... y...

—¿Y qué?

—No se qué más deciros; pero ya en la casa de don Pedro, vuestro natural ingenio osdirá lo que podéis hacer.

—Está bien; tenéis razón; las circunstancias me inspirarán.

—En ese caso, seguidme y pronto estaréis disfrazado: pero ved de no perder el tiempo, porque á la primera luz de la aurora los verdugos irán en busca de D.<sup>a</sup> Ana.

—Dios me ayudará á evitar tamaña infamia.

Cuando estuvo disfrazado D. Alvaro se dirigió á la casa de Togores llevando sus bolsillos cargados de buen número de monedas de oro.

La primera parte de su plan debió sin duda salirle, bien porque una media hora después de haber comenzado á ponerle en ejecución, D. Alvaro daba guardia frente á la fachada de la casa de Togores.

Hubo un momento en que, juzgando que nadie le observaba, se acercó á una de las ventanas defendida por una fuerte reja de hierro y llamó, dando dos golpes en una de las hojas.

La ventana se abrió después de un rato y con grandes precauciones.

—¿Sois vos, D.<sup>a</sup> Ana?—preguntó el joven.

—¡Dios mío!—exclamó la dama, porque en efecto era ella.

—¡Prudencia, D.<sup>a</sup> Ana, ó somos perdidos!

—¡Ah D. Alvaro! ¡gracias! muchas gracias por este último favor que me hacéis: pero no os comprometáis por salvarme; sería inútil para mí y peligroso para vos. ¡Si pudiera explicaros cuanto acaba de pasarme!

—D.<sup>a</sup> Ana: luego me lo explicaréis, ahora no perdamos el tiempo y respondedme nada más á lo que yo os pregunte.

—Decid, D. Alvaro.

—¿Estáis sola?

—Enteramente.

—¡Las puertas de esa sala están cerradas?

—Todas ellas: D.<sup>a</sup> Leonor ha corrido por sí misma los cerrojos.

—¿D. Pedro entra con alguna frecuencia á veros?

A esta pregunta contestó D.<sup>a</sup> Ana contándole lo más brevemente posible su escena con D. Pedro, y el accidente que la terminó.

—Dios le ha herido con su propia mano,—observó don Alvaro con religioso fervor. No sabéis si ya ha vuelto en sí del accidente?

—Nadie desde que ocurrió, se ha presentado en la sala que me sirve de cárcel.

—En ese caso sin duda la gravedad del accidente no ha disminuído y podremos disponer de tiempo suficiente para salvaros.

—Os ruego, D. Alvaro, que no os comprometáis por mí.

—Ningún riesgo me amenaza, D.<sup>a</sup> Ana: estad tranquila. Me encuentro solo en la calle y disfrazado con un



traje de guardia de Gonzalo de Salazar. Los guardias que la dan en esta casa han sido comprados por mí al precio que ellos mismos han puesto, y nada, os lo aseguro, tenemos que temer de su parte. Así, pues, seguid en un todo mis instrucciones.

—Dádmelas.

—Abrid una de las ventanas que dan al corredor...

—¡Ah!—exclamó D.<sup>a</sup> Ana, como herida por una súbita idea.

—¿Qué os ocurre?—preguntó alarmado D. Alvaro.

—Respondedme: ¿conocéis una puertecilla que á la espalda de esta casa se abre sobre un callejón solitario?

—Sí, la conozco.

—Pues id inmediatamente á ese callejón, tratad de forzar esa puerta, y allí me reuniré con vos.

—D.<sup>a</sup> Ana,—dijo D. Alvaro sin dar muestra de estar dispuesto á obedecer—¿con qué intención queréis alejarme de aquí?

—Nada temáis D. Alvaro, no os engaño: quizás no me prestase á salvar una vida amarga y pesada como la mía si sólo de mí se tratase; pero creo ver en cuanto por mí estáis haciendo de algún tiempo á esta parte una demostración inequívoca de que me amáis, y ese amor, don Alvaro ¿á qué negarlo? es mi orgullo y me inunda de felicidad. Por vos, pues, D. Alvaro, estoy dispuesta á arrostrarlo todo por daros el placer de ver premiados vuestros esfuerzos por salvarme. En nombre, pues, de ese amor que me tenéis, en nombre del que yo vuelvo á juraros que os tengo, haced lo que os indico y confiad en Dios.

D. Alvaro no se hizo repetir por tercera vez la orden. Cuando le hubo visto alejarse, D.<sup>a</sup> Ana se aproximó al

cuadro que ocultaba la puerta secreta y buscó la moldura que debía oprimirse para que el lienzo se descorriera.

Pronto dió con ella y la puerta salvadora se ofreció á su vista.

D.<sup>a</sup> Ana no vaciló y salió por ella.

El hierro descendió por sí solo á los pocos momentos, impulsado sin duda por algun resorte.

D. Álvaro esperaba á la dama en el sitio por ella designado.

La fuga pudo emprenderse sin ningun accidente.

Para hacerla más rápida fueron en extremo útiles los dos caballos dispuestos por D. Pedro de Togados.

Hé aquí como D.<sup>a</sup> Ana debió su salvación á los mismos medios preparados por Togados para perderla.

Tiempo era ya.

La primera luz de la mañana comenzaba á descubrirse en el oscuro azul del horizonte.

Un grueso piquete de soldados avanzó poco después en dirección de la casa de D. Pedro.

Precedían á este piquete cuatro hombres de malísima traza; uno de ellos conducía un pollino, otro varios haces de varas, un tercero un voluminoso saco y un cuarto varias cuerdas y una enorme alcuza.

Eran los verdugos encargados del suplicio de D.<sup>a</sup> Ana.

Llegados á la puerta de D. Pedro, hiciéronsela abrir y pidieron les fuese entregada inmediatamente la reo.

Como D.<sup>a</sup> Leonor lo había ofrecido, ella misma abrió la puerta de la prisión de D.<sup>a</sup> Ana y al encontrarla vacía dió un grito de rabia y desesperación.

Como hiena sedienta de sangre entregóse á los transportes de la más ilimitada ira y buscó por todos lados como las hienas buscan á su presa.



D.<sup>a</sup> Ana no estaba allí.

Ni la más leve indicación encontró de cómo ni por dónde hubiera podido fugarse.

Viendo que la reo no les era entregada, la tropa, el verdugo y sus ayudantes penetraron en la sala en busca de ella.

D.<sup>a</sup> Leonor, prorumpiendo en frases indignas en un todo de su clase y su cuna, destrozaba sin piedad los muebles, como queriendo buscar entre sus astillas á su víctima.

¡Y... cosa horrible!

La tropa, el verdugo y sus ayudantes, que no la conocían, creyéndola la reo, y suponiendo que trataba de escapárseles, se arrojaron sobre ella, sin escuchar sus palabras ni razones.

En un instante D.<sup>a</sup> Leonor quedó enteramente desnuda.

Uno de los verdugos, mientras otro la agarrotaba, vertió sobre ella el aceite que la enorme alcuza contenía, y un tercero vació sobre la infeliz las plumas muy menudas que en un saco llevaba.

D.<sup>a</sup> Leonor fué arrastrada con ferocidad hasta el zaguán y allí subiéronla y amarráronla sobre el pollino.

El pregonero levantó su voz y dijo:

«Esta es la justicia que sobre Ana de Pacheco se ejecuta por orden del gobernador Gonzalo de Salazar, por adúltera y uxoricida!»

Acto continuo los verdugos dejaron caer sus varas sobre las espaldas de D.<sup>a</sup> Leonor, azotándola con crueldad.

Al oír estas voces D. Pedro de Togores, casi moribundo, dejó su lecho y se asomó á la reja de la ventana.

La víctima y sus ejecutores iban ya á más de doscientas varas de distancia.

D. Pedro, cogido como un náufrago á los hierros de la reja, gritó desde ella:

—¡Vos lo quisisteis, D.<sup>a</sup> Ana de Pacheco! ¡Ni compasión tengo de vos! ¡Maldita! ¡Maldita seáis!



## Capítulo VII

## La conjuración

**L**a ausencia, no por él prevista ni anunciada de don Alvaro de Silva, fué tomada por los conjurados reunidos en San Francisco, como un accidente que, cualquiera que su causa fuese, podría comprometer el éxito de su plan.

Por otra parte, dicho plan estaba ya discutido y arreglado hasta en sus más mínimos detalles, y la vacilación ó demora en proceder á ejecutarle podría tener funestas consecuencias.

Toda conspiración debe, para ser feliz, discutirse y combinarse en un breve espacio de tiempo y ponerse en planta sin dar lugar á demoras que enfrien el entusiasmo de los partidarios débiles de carácter, ó de aquellos para todo evento no gustan de dar tiempo á que el enemigo sospeche la participación que puedan haber tomado.

Sin duda, así pensaron los asilados en el convento de San Francisco, y por ello decidieron dar el golpe sin más esperas ni demoras.

En consonancia con los fundamentos de tal creencia, Jorge de Alvarado, Andrés de Tapia y Alvaro de Saavedra dieron orden para que en el acto se enarbolaran las lanzas y picas con que contaban, y despacharon treinta hombres de á caballo que recorriesen la ciudad, dando voces de que cuantos desearan acudir en servicio del rey fueran á San Francisco y verían las cartas de D. Hernando y los mensajeros que las habían traído, pudiendo por ellas enterarse de cómo el conquistador destituía á Salazar y á Chirinos de la gobernación del reino y autorizaba á sus amigos para darles un sucesor más digno de ser su lugarteniente.

Contento con tal nueva el vecindario y animado á vencerse de que no le engañaban, inmenso fué el número de gentes que, cual en romería, atendieron la invitación concurriendo á San Francisco.

Andrés de Tapia mostró entonces con gran solemnidad los pliegos de Cortés, y por medio de un breve y oportuno razonamiento, puso de manifiesto la iniquidad de los medios de que Salazar y Chirinos se valieron para hacerse del poder y vejar y arruinar á castellanos y á indígenas, y concluyó invitándolos á unirse á su partido, seguros del triunfo que coronaría sus esfuerzos, no sólo por el valor y nombradía de sus jefes, sino también porque la justicia estaba de su parte y Dios no había de permitir que la sangre y fatigas que costó la conquista de tan dilatado imperio fuese perdida para la Religión y la Monarquía.

Acto continuo, y queriendo hacer patente que los autores de la conjuración no procedían á ella por miras interesadas, invitó á los presentes á nombrar de común acuerdo los jefes militares, á los cuales se someterían



hasta que Salazar fuese preso, y á designar la persona ó personas que gobernarán el reino, interin D. Hernando Cortés, que ya estaba en camino, llegaba, que no tardaría mucho, á México.

El primer nombramiento recayó por aclamación en Alvarado, Tapia y Saavedra, y para gobernadores designaron, no sin alguna oposición, al tesorero Estrada y al contador Albornoz, quienes habíanse, muy á las últimas, reconciliado con el partido, del cual nunca fueron buenos amigos y sí, casi siempre, enemigos dañosos.

El triunfo de esta promoción se debió á Andrés de Tapia, á Jorge Alvarado y á Alvaro de Saavedra, quienes no quisieron que sobre ellos recayese una carga que juzgaban superior á sus fuerzas y de graves responsabilidades.

Así convenido todo y recontadas las fuerzas que subieron á cosa de quinientos hombres, los conjurados salieron en buen orden de San Francisco y marcharon sobre Salazar, que los esperaba con más de mil castellanos bien armados y nada menos que doce piezas de artillería, apostadas en las bocas-calles que á su casa conducían.

Dispuestas de este modo de una y otra parte las fuerzas, Andrés de Tapia dijo á sus compañeros, que no era justo manchar sus espadas en la sangre de tantos buenos españoles que, engañados de Salazar, estaban aparejados á defenderle; que él quería antes hablarle bajo de su fe y de la de otros señores que le acompañaban; y así se fué á caballo á él, y desde la calle en voz alta le dijo:

—«Señor factor, y vosotros que estáis con él; sed testigos que yo deseo toda paz, y aunque me habéis destruído estoy sin pasión: vos, factor, habéis dicho, y á mí

me lo dijisteis, que tenáis orden del consejo del rey para matar ó prender al gobernador D. Hernando de Cortés: si es así, carta é instrucción tendréis del rey, ó de su consejo: mostradla y os seguiremos todos.

«Y si no, ¿por qué traéis engañada tanta gente?

«Y vosotros, señores, pues habéis servido al rey, dad ahora ocasión á vuestros amigos de rogar al gobernador que interceda con el rey, que os haga mercedes y no deis lugar á que cuando él venga, os haga cuartos.»

El factor respondió que no tenía tal carta, pero que pareciéndole que era bien hacer lo que hacía, así moriría ó saldría con ello.

Tapia á esta respuesta, dando de espuelas al caballo, gritó:

—«¡Caballeros, prendedle! ¡no queráis ser traidores!»

Salazar, enfadado de esto, tendió la mano con un mechero hacia un cañon y dijo:

—«¡Calla, si no quieres que haga fuego!»

A este tiempo D. Luis Guzmán, capitán de artillería, dió voces de que se retirase á casa, en donde se harían fuertes, pues los enemigos los cogían por las espaldas.

Al ejecutarse esta maniobra, mucha gente de Salazar que no pudo acogerse á la casa, se pasó desde luego al partido de Cortés.

Viendo los jefes de éste que ya eran superiores en número al gobernador, hicieron venir al Ayuntamiento, que recibió por gobernadores á Estrada y Albornoz, con la condición que hicieran á Alvaro de Saavedra teniente de gobernador de Veracruz, á Jorge Alvarado, teniente de las Atarazanas y á Andrés de Tapia, capitán general y alguacil mayor.

Hecho escuadrón de toda aquella gente, llevando en-



medio á los gobernadores, Tapia, que iba por delante, hacia publicar los empleos provistos: en esto le avisaron que se guardase porque le arcabuceaban, lo cual oído, arremetió á su escuadrón de piqueros que estaban á la puerta de Salazar y los hizo huir; pero de una pedrada cayó del caballo.

Entre tanto, echadas abajo las puertas, por cuatro ó cinco partes entraron los conjurados en la casa de Salazar.

Quien primero dió con él y lo prendió, fué Jorge de Alvarado, y en su ayuda corrió Tapia por librarle de la plebe que quería matarle.

El mismo oficio hizo Alvaro de Saavedra y otros de sus amigos y familiares, conteniendo á la gente para que aquéllos pudieran poner en seguridad á Gonzalo de Salazar.

Una vez que el tirano estuvo preso, los capitanes que habían dirigido aquella acción, le mandaron echar al cuello una pesada cadena, y en traje tan humilde lo pasearon por las calles y plazas de México.

Salían de sus casas á porfía á ver un espectáculo tan extraño, grandes y chicos, nobles y plebeyos, no creyendo tal mudanza de fortuna si no se cercioraban con sus ojos.

Los que comparaban la alta fortuna á que Salazar había llegado, y el estado miserable en que se hallaba, sacaban por consecuencia, que hay un Dios que, aunque tarde, castiga la crueldad en los que gobiernan.

Apartado Salazar de la vista del pueblo, no hallaban los gobernadores ni capitanes lugar bastante fuerte en dónde encerrarle.

Todos se negaban á recibirlo en su casa y responder

de su persona, y aun la cárcel pública les pareció poco segura para reo de tal cuantía.

Ocurriósele á algunos que se hiciera una jaula de gruesas vigas que, custodiada por soldados sirviera de cárcel á aquella fiera.

Convinieron todos en esto, y allí quedó depositado hasta la formación del proceso.

En cuanto á Peralmindez, sus amigos, que no eran pocos, habianle avisado lo que pasaba, y fiado en estos y en las fuerzas que tenía, á grandes jornadas acudió en auxilio de su compañero.

Pero sabedor de que Andrés de Tapia salía en contra suya, se refugió en Tlaxcala en la casa de los padres franciscanos, y allí fué preso, y conducido á México le encerraron en otra jaula poco distante de la de Salazar.

Con estas providencias recobró la ciudad su antigua calma (1).

(1) El P. Cayo.